

La despolitización del compromiso público de los intelectuales alemanes

PATRICIA CIFRE WIBROW
Universidad de Salamanca

Interrogados sobre la influencia que ejercen en la opinión pública, la mayoría de los escritores e intelectuales norteamericanos se muestran convencidos de que la suya es una influencia mucho menor que la ejercida por sus colegas alemanes. En primer lugar, porque en EEUU hoy en día apenas si se lee, pero también, debido a la mínima o nula consideración que merece el intelectual en tanto que figura pública. «Ser escritor en Europa es algo que merece respeto», comenta el novelista Paul Auster en una entrevista concedida al crítico alemán Ulrich Greiner. «Por eso a los escritores europeos se les interroga acerca de su opinión sobre los asuntos de interés nacional, mientras que aquí todo el mundo pasa»¹. Y también Richard Ford sostiene que «A un alemán medianamente culto le resulta perfectamente conocido el nombre de Günter Grass o el de Peter Handke, o en todo caso sabe de quién se trata, mientras que la mayoría de los americanos desconocen totalmente a sus escritores, y apenas si son capaces de identificarlos por su nombre»². Ford puntualiza además que en EEUU a los escritores no se les invita a ninguna conferencia o debate público, porque «en EEUU los que discuten, cuando se celebra un debate, son únicamente los políticos y los expertos. Los escritores no pintamos nada». En opinión de Ford ello se debe principalmente a la ausencia de cadenas de televisión pública: no hay cadenas estatales, y las privadas se hallan condenadas a un mercantilismo atroz: en la lucha diaria por la supervivencia, la competencia se convierte en la única ley y no hay otra meta más que la de la conquista de audiencias. Los programas se fijan úni-

¹ U. Greiner, *Gelobtes Land. Amerikanische Schriftsteller über Amerika* (Reinbeck 1997). Aquí citado por: Greiner, U., «Die Vorzüge des Elfenbeinturms. Über Literatur und Engagement heute», *Merkur*, Heft 12, 51 Jahr., Dez. (1997), 1094.

² *Ibid.*, 1094.

camente, o sobre todo, en función de las cuotas de audiencia: hay que hacer impacto, conseguir la primicia sin rehuir el escándalo y sobre todo asegurarse de que las imágenes sean estimulantes y el ritmo, rápido.

La argumentación, un proceso discursivo que lleva tiempo, y por lo tanto cuesta dinero, resulta poco rentable para una televisión que ha descubierto que la atención del espectador medio comienza a decaer después de los primeros siete segundos de emisión de cualquier mensaje. De ahí que en las noticias y debates televisados norteamericanos ni tan siquiera a los candidatos presidenciales les esté permitido hablar durante más de siete segundos seguidos³. Quedan excluidas, por tanto, las explicaciones, las especificaciones o aclaraciones previas que tienen la virtud de convertir una simple afirmación en una argumentación, y en lugar de ello proliferan las afirmaciones taxativas y las pseudoargumentaciones que no necesitan ser comprendidas para ser *reconocidas* como cosas ya sabidas por el espectador.

El hecho y el dicho se imponen así a la explicación del porqué, sin dejar lugar para la reflexión acerca de las causas y las consecuencias de lo que sucede. De esta forma la sucesión de temas y noticias emitidas puede acelerarse indefinidamente y es posible pasar de una noticia a otra sin apenas solución de continuidad: del caso Lewinski al huracán Mitch y de ahí a la última crisis política en el Oriente Medio. La imagen prevalece así sobre la información, y ésta (expresada en la forma más escueta posible y en un estilo casi telegráfico) viene a ocupar el lugar del análisis y la discusión. Cada hecho se presenta desconectado de sus posibles consecuencias a medio o largo plazo, como si a nadie le interesara el alcance que puede tener una actualidad que se vive sobre todo como acontecimiento.

Este estilo de información —en el que prima sobre todo la imagen y la descripción sucinta de los hechos— ofrece una engañosa apariencia de objetividad. En lugar de los interrogantes, los avances y retrocesos —las contradicciones incluso— que caracterizan la discusión y la interpretación, este tipo de periodismo se basa en una sucesión de datos objetivamente verificables, que hacen que el público, lejos de sentirse manipulado, cobre la impresión de que se le está presentando la realidad misma para que él se haga su propia interpretación de la misma. El espectador olvida con demasiada facilidad que se encuentra ante una *selección* de realidad. Olvida que es perfectamente posible ocultar mostrando: que una noticia esencial puede ser elaborada de tal forma que parezca insignificante, y viceversa, que es posible hacer que la

³ Tal y como apunta el sociólogo francés Pierre Bourdieu, en los debates públicos en EEUU la regla exige que las intervenciones no superen los siete segundos. Pierre Bourdieu, *Sobre la televisión* (Barcelona 1997), 9-10.

excepción ocupe el lugar de la regla; que un debate o una entrevista aparentemente informal puede haber sido cuidadosamente montada para producir un determinado efecto. En fin, que el ciudadano no siempre repara en el hecho de que él no cuenta con el tiempo y los medios necesarios para averiguar si estos hechos, que se le presentan como los más relevantes, son efectivamente los únicos que debieran ser tenidos en cuenta.

De ahí que el público norteamericano —y no sólo el norteamericano— se haya acostumbrado a considerar este tipo de programa, que se basa sobre todo en hechos, como el más objetivo posible. Por eso, cuando su país se enfrenta a un peligro inminente o a una crisis, el espectador americano medio no parece sentir la necesidad de conocer la opinión de unos cuantos intelectuales, escritores, filósofos o profesores universitarios de reconocido prestigio. Tal y como muestran las cuotas de audiencia de los diversos programas televisados, el público, al verse enfrentado a una crisis, en general adopta una actitud de rechazo frente a las razones, los argumentos o incluso las dudas que los intelectuales tienden a oponer a la tendencia general. Lo que importa en este momento es, por un lado, la realidad que el televidente ve con sus propios ojos y, por otro lado, se valora sobre todo el asesoramiento que pueden proporcionar los políticos y los expertos en la materia. Militares y embajadores, agentes de bolsa y demás expertos tienen la palabra, aparte de los propios reporteros, que son los que una y otra vez resumen la información obtenida y exponen los hechos, desarrollando una habilidad asombrosa para ajustar sus análisis a los intereses defendidos por el medio al que sirven o representan.

Claro que este estilo de información también comienza a hacerse habitual en Europa. Con sólo hacer un somero repaso del tipo de noticia que predomina en la mayoría de los periódicos y programas informativos europeos, nos damos cuenta de que en el ámbito de la política se atiende sobre todo a la estrategia de los diversos partidos, de modo que parece importar más el comentario de cada jugada que lo que está en juego: al valorar la declaración de un político o incluso al informar sobre una nueva propuesta de ley, el periodista trata de averiguar en primer lugar a qué intereses o conflictos ocultos responde esta nueva «jugada», y a continuación se pregunta por las alianzas, los conflictos o coaliciones a las que puede dar lugar, y como quiera que su atención permanece centrada en este tipo de cuestiones «tácticas», lo más común es que no llegue a plantearse las consecuencias prácticas que puede tener la medida que está siendo debatida. Hacer el esfuerzo imaginativo que supondría ponerse en el lugar de las personas que se van a verse afectadas por la misma, sería, dado este orden de prioridades, mucho pedir —pura literatura—. Y también fuera del ámbito de la política se puede observar un progresivo predominio de la imagen. Una imagen que es usada cual arma arrojandi-

za, como si, lejos de hacer un esfuerzo por ayudarnos a comprender, los medios de información únicamente pretendieran apabullarnos o, peor aún, como si quisieran hacernos ver que, dada la actual complejidad de todo, este mundo se ha vuelto incomprensible, de tal forma que ya no queda otra postura que asumir más que la del testigo impotente, que no tiene otra posibilidad (ni otra obligación) más que la de la mera asistencia: con encender a diario el televisor y *presenciar* la historia habremos cumplido con nuestra parte. Este es el mensaje. Y lo que se nos pide es que permanezcamos mudos de asombro, asumiendo una actitud que hace un siglo se hubiera considerado propia de analfabetos. Y efectivamente, sentados ante el televisor, no podemos hacer sino dejarnos golpear por la contundencia de los hechos consumados. No analizamos, no discutimos y apenas si resulta pensable la posibilidad de intervenir. Para imaginar posibles alternativas o simplemente para preguntarnos por las razones de lo que sucede ante nuestros ojos, debemos realizar un esfuerzo considerable.

Pese a las similitudes que comienzan a hacerse patentes entre el estilo informativo europeo y el norteamericano, siguen existiendo, sin embargo, importantes diferencias. Así, por ejemplo, es claro que a ningún reportero de la CNN se le ocurre montar guardia frente a la casa de John Barth, uno de los más prestigiosos novelistas norteamericanos, a fin de averiguar su posición con respecto al último bombardeo de Bagdad. Y también Abraham Chomsky y Gabriel Jackson pueden desayunar tranquilos a la mañana siguiente. Nada que ver, pues, con lo que sería lo «normal» en la República Federal de Alemania o Austria, en donde un escritor como Peter Handke se lamentaba del acoso al que era sometido por parte de la prensa nada más conocerse una noticia —cualquier noticia— de relevancia nacional o internacional⁴. —De esto hace ya unos cuantos años, cierto, pero las cosas no han cambiado tanto como a veces se insinúa, pues, mucho más recientemente, y con motivo del conflicto armado en Yugoslavia, publica un artículo acerca de Serbia⁵, y ya tenemos a todos las revistas, periódicos y diarios

⁴ Handke, P.: «Was soll ich dazu sagen?» en: *Als das Wünschen noch geholfen hat* (Frankfurt/Main 1974), 25-29.

⁵ La obra que hoy conocemos como «Eine winterliche Reise zu den Flüssen Donau, Save, Morawa und Drina» (Frankfurt am Main, 1996) apareció publicada por vez primera en febrero de 1996 en la *Süddeutsche Zeitung* (Wochenende Spezial, 5.1.96) bajo el título «Gerechtigkeit für Serbien», llevando por subtítulo lo que más adelante sería su título. Dicha obra fue motivo de un alud de críticas y recensiones. A modo de ejemplo citamos aquí algunas: «Wahn von Krieg und Blut und Boden», FAZ. 16.1.96, «Die Verwandlung des Krieges», FR. 17.2.96, «Ich bin nicht hingegangen, um mitzuhassen», una entrevista con Peter Handke publicada en DIE ZEIT, 2.2.96, «Der Ritt über den Balkan», SPIEGEL 3/1996, «Das andere Serbien», DIE ZEIT, 19.1.96.

alemanes, suizos y austriacos haciéndose eco del asunto. Lo mismo sucede en el caso de Günter Grass: con solo levantar un dedo desaprobador en relación a la política de inmigración alemana o publicando un artículo en el que llama la atención sobre los malos tratos de los que son hecho objeto los inmigrantes en las comisarías de policía berlinesas, Günter Grass es capaz de hacer que una fracción considerable de la intelectualidad alemana se levante en armas y corra la tinta... Y lo mismo cabe decir de Martin Walser, que recientemente causó un revuelo similar al declarar públicamente (*Friedenspreisrede* 1998 en la Paulskirche) que a él, personalmente, le parece comprensible que cincuenta años después del final de la Segunda Guerra Mundial los ciudadanos alemanes sientan llegado el momento en que se les deje en paz, y de que «Auschwitz» deje de ser instrumentalizado políticamente: «Auschwitz eignet sich nicht dafür, Drohroutine zu werden, jederzeit einsetzbares Einschüchterungsmittel oder Moralkeule oder auch nur Pflichtübung...»⁶.

El discurso de Martin Walser fue recibido con una cerrada ovación por parte del público congregado en la Paulskirche, y tuvo un gran impacto posterior, dando lugar a un debate intelectual, que ocupó un espacio importante en los *media*, y provocó una avalancha de cartas de lectores dirigidas a los principales periódicos del país así como al propio escritor, quien recibió más de mil escritos de apoyo⁷. La experiencia de este debate demuestra, según Henry M. Broder y Reinhard Mohr, articulistas de la revista *Spiegel*, que los medios de comunicación alemanes siguen cumpliendo una función esencial en tanto que foros de opinión, en los que es posible debatir los problemas que nos afectan a todos: «Aus der Debatte voller Mißverständnisse ist vor allem zweierlei zu lernen», comentan Broder y Mohr:

Die ‘Medien’, nicht nur von Walser gescholtene Instrument der
‘Meinungsoldaten’, sind offenbar genau der richtige Ort, um Argumente

⁶ En el debate que surgió a continuación participaron no ya sólo intelectuales de reconocido prestigio como Marcel Reich-Ranicki, Ignaz Bubi o Donhanyi, sino también la opinión pública: «Noch nie seit Kriegsende gab es eine derart unmittelbare, öffentliche, und folgenreiche Konfrontation zwischen prominenten Juden und Nicht Juden», leemos en un artículo publicado en *Spiegel*. «Hier hat Walsers Rede, die Rede eines sensiblen, selbstzweifelischen und hochkränklichen Dichters gewirkt: Sie wurde, “das ist unübersehbar, befreiend empfunden, das Gewissen befreiend”, wie Martin Walser in seiner Duisburger Rechtfertigungsrede selbst erklärte.» (*Spiegel*, Nr. 50 /7.12.98).

⁷ *Spiegel*, Nr. 50, 7. 12. 98, pp. 230-232, *Spiegel*, 49/1998, 45/2.11.98, *Stern*, 5.11.98, 60.

⁸ Henry M. Broder, Reinhard Mohr, «Ein befreiender Streit?», en: *Spiegel*, Nr. 50, 7. 12. 98, pp. 230-232. Ver también *Spiegel*, 49/1998, 45/2.11.98.

öffentlich auszutauschen und wenigstens ein paar Wahrheiten herauszufinden⁸.

En Suiza fue el escritor y ensayista Adolf Muschg quien suscitó un debate similar al denunciar recientemente el carácter interesado —y culpable— de la neutralidad Suiza durante la Segunda Guerra Mundial. Fue acusado por ello de antisuizo. De la misma manera en la que los escritores e intelectuales austriacos que reaccionaron frente al caso *Waldheim* implicándose en la campaña electoral de 1986 fueron tachados de «Nestbeschmutzer», lo cual no les impidió hacerse oír para seguir denunciando la tradicional hipocresía política de su gobierno, que desde el 45 en adelante siempre supo presentarse como una víctima más de la política expansionista del Nacionalsocialismo alemán⁹. En una colección de ensayos titulada *Das Land ohne Eigenschaften*, Robert Menasse, escritor y novelista austriaco, se refiere burlescamente al hecho de que el único reconocimiento oficial que ha habido de la existencia de una culpa («Mitschuld») austriaca, no pasó de ser una nota a pie de página en relación con el conflicto yugoslavo:

Sechsendvierzig Jahre nach Kriegsende und drei Jahre nach dem sogenannten “Bedenkjahr” kommt ein solches Eingeständnis eigentümlich spät (...). “Spät könnte man sagen, aber endlich doch! Nun war aber Vranitzkys Erklärung leider keine grundsätzliche Erklärung zu Österreichs Geschichte und Verfaßtheit, sondern eine Fußnote zu einer Erklärung über die Situation in Jugoslawien. Und die ‘österreichische Mitschuld an den Nazi-Verbrechen’ wurde in einer Weise zugegeben, die sie gleichzeitig einmal mehr dementierte: Österreich war ein Opfer¹⁰.

Todo lo cual parece demostrar que en estos países los escritores de prestigio no tienen ninguna dificultad a la hora de hacerse oír. Puede que resulten irritantes, que levanten ampollas y, consecuentemente, sean, a su vez, objeto de crítica. Pero todo ello no hace sino demostrar que efectivamente cuentan con una importante capacidad de convocatoria, a la que de hecho recurren periódicamente para poner ciertos temas en el candelero. Es más, creo que hay pocos países en los que se den tantos y tan variados foros de

⁹ El calificativo de «Nestbeschmutzer» comenzó a utilizarse sobre todo a partir de 1985-86 cuando los intelectuales austriacos se implicaron en la campaña electoral contra Waldheim. Autores como Peter Turrini o Elfriede Jelinek fueron acusados repetidamente de dañar la imagen internacional de Austria (Ver: Klaus Zeyringer: *Innerlichkeit und Öffentlichkeit, Österreichische Literatur der achtziger Jahre*, Tübingen, 1992).

¹⁰ Menasse, R.: *Das Land ohne Eigenschaften* (Frankfurt/Main 1995), 17.

discusión intelectual como los que existen en la República Federal Alemana, en Austria o Suiza, países en donde cada Land, cada ciudad grande o mediana cuenta con innumerables asociaciones e instituciones que organizan incansablemente todo tipo de encuentros, rondas de discusión, foros o «Autorenlesungen». Y lo cierto es que todas estas organizaciones se muestran encantadas en cuanto se les ofrece la oportunidad de contar con un autor que amenice la velada con la lectura de alguno que otro de sus textos, de tal forma que son muchos los autores alemanes que, como Martin Walser, confiesan que se pasan una buena parte del año «de viaje», asistiendo a congresos y «Autorenlesungen»¹¹.

Lo curioso es que la mayoría de estos escritores, ya sean alemanes, austriacos o suizos no se muestran particularmente conscientes de gozar de un estatus especial. Antes bien, al contrario, en la mayoría de los casos dicen estar convencidos de que su influencia se está haciendo cada vez menor: han ido observado cómo año tras año desaparecían las estanterías repletas de libros de los salones de sus amigos (Jurek Becker), y, reconocen que en un mundo como éste, en el que parecen desvanecerse progresivamente las diferencias entre la derecha y la izquierda, ya no tiene sentido salir a hacer campaña por un candidato, cuya política probablemente apenas si se va a diferenciar —en lo esencial— de la de su predecesor. Tanto más cuanto que las políticas nacionales hoy en día se ven determinadas por una economía «global» que comprende procesos tan vastos que resultan política y legalmente incontrolables.

Y, efectivamente, no resulta extraño pensar que en este contexto, los intelectuales hayan dejado de ver claro, y tengan la sinceridad de reconocerlo. De hecho, a veces casi parece como si hoy cobraran nueva actualidad las palabras pronunciadas por Handke en 1967: «Ein engagierter Autor kann ich nicht sein, weil ich keine politische Alternative weiß zu dem, was ist»¹². Hay quien incluso se atreve a insinuar que esta retirada es la reacción más lógica de quienes saben que, de momento, han cumplido con su tarea, y que hasta nueva orden pueden dedicarse a sus cosas:

¹¹ A pesar de que su producción literaria sigue siendo lo más importante para un escritor, resulta que, desde un punto de vista estrictamente económico, no es ni mucho menos su actividad principal. Según una estadística publicada por Andreas Johannes Wiesand, en *La literatura y sociedad en la República Federal de Alemania*, en los años 70 la mayoría de los autores alemanes dedicaban la mayor parte de su tiempo (y obtenían también sus principales ingresos) a la publicación de artículos y trabajos para las páginas culturales de la prensa, críticas y reseñas, artículos de fondo y comentarios, conferencias, informes documentales, artículos científicos, etc. (Andreas Johannes Wiesand, *La literatura y sociedad en la República Federal de Alemania* (Múnich 1976), 17)

¹² Handke, P., *Ich bin ein Bewohner des Elfenbeinturms* (Frankfurt/Main, 1972).

Der Augenblick des Widerstands ist selbstevident. Jeder weiß ihn für sich selber, und wenn sich die kritische Masse verdichtet, wenn der historische Kulminationspunkt gekommen ist, dann dürfte es doch kein Problem sein, den Elfenbeinturm zu verlassen¹³.

Aun así, pienso que resulta exagerando hablar de una progresiva retirada de los antiguos intelectuales de la vida pública, tal y como se ha venido haciendo recientemente con motivo de la última campaña electoral. Una y otra vez se menciona la salida de Günter Grass del SPD en 1993, y se comenta la escasa participación de los antiguos intelectuales de izquierdas en la reciente campaña como si se tratara de una demostración definitiva de la progresiva disminución de los niveles de compromiso de los antiguos intelectuales de izquierda.

Creo que, al calificar su actitud actual de «retirada», los escritores e intelectuales alemanes están comparándose, y siendo comparados, sobre todo consigo mismos. Su posición no está siendo confrontada con la de los intelectuales de otros países, ni tampoco se tiene en cuenta la propia tradición histórica. En general parece como si se olvidara el hecho de que no fue hasta después de la Segunda Guerra Mundial —a consecuencia del sentimiento de culpa que experimentaron los intelectuales alemanes con relación al pasado nacionalsocialista del pueblo alemán— cuando comenzó a propagarse un nuevo ideal de intelectual y artista comprometido. Tradicionalmente Alemania había sido el país de los «Dichter und Denker» y desde el fracaso de la revolución de 1848 hasta la República de Weimar sus intelectuales, salvo raras excepciones como la de Heine, se habían desmarcado claramente del modelo típicamente «francés» del artista como intelectual comprometido, argumentando que la influencia de artistas y pensadores tenía que ver precisamente con su carácter apolítico. «Man verwechselte Einflußnahme auf die politische Öffentlichkeit mit der Eingliederung in den Betrieb des politischen Machtkampfes, constata Jürgen Habermas»¹⁴ en un artículo sobre Heine y el papel del intelectual en la Alemania del XIX.

Incluso escritores tan comprometidos como Heinrich Mann, Alfred Döblin, Hermann Hesse o Ernst Troeltsch se negaban a que se les aplicara el término de «intelectual» y se mostraban convencidos de que un artista que se involucrara demasiado directamente en el juego político acabaría invirtiendo la mayor parte de sus energías en contiendas políticas internas,

¹³ Greiner, U.: «Die Vorzüge des Elfenbeinturms. Über Literatur und Engagement heute», *Merkur*, Heft 12, 51 Jahr., Dez. (1997), 10104.

¹⁴ Habermas, J.: «Heinrich Heine und die Rolle des Intellektuellen in Deutschland», *Merkur*, Nr. 573 (1996).

olvidándose por tanto de las inquietudes que son propias de un verdadero artista¹⁵.

También Thomas Mann consideraba que la política era cosa de la razón, de la democracia y de la civilización, mientras que el arte arraigaba en una vaga añoranza de lo acrobático, de lo amoral e irresponsable. De ahí la diferencia que establecía entre el «Dichter» y el «Zivilisationsliterat»: el escritor era el «artista de la cognición», que se caracterizaba por una lucidez mental y una intelectualidad que lo llevaba a asumir el papel de crítico social y moralista nato, mientras que el verdadero poeta (el Dichter) se distinguía, según Mann, por una actitud ensimismada y antisocial que lo hacía extremadamente sensible a «la atracción del abismo». Ni que decir tiene que para Mann el temperamento propiamente alemán era el del «Dichter»¹⁶.

Esta particular concepción del artista como alguien que elije permanecer alejado de la cosa pública, de los rigores y sinsabores de la política diaria, tenía mucho que ver sin duda con la particular historia alemana. Con el hecho de que a lo largo de los S. XVIII y XIX los intelectuales permanecieron excluidos de los asuntos públicos y acabaron convenciéndose de que no querían alcanzar aquello que de todas formas les permanecía vedado. También pudo influir el retraso con el que se completó la unificación de los Estados Alemanes, en la medida en que condenó a los intelectuales y artistas al aislamiento: el propio Goethe siempre consideró que la situación de los intelectuales en la Alemania de los S. XVIII y XIX no era en absoluto envidiable, pues la mayoría de ellos estaban condenados a llevar una vida aislada y pobre, dado que carecían de un «Hinterland» social (permanecían separados del pueblo por la incultura de éste, y no tenían acceso a los círculos aristocrático-cortesanos, que debieran haber constituido su público natural, debido a la tradicional cerrazón de las pequeñas cortes alemanas)¹⁷, y además se

¹⁵ Lepenies, W.: *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1994.

¹⁶ Las opiniones de Mann evolucionaron con el tiempo y en función del acontecer histórico. Las *Betrachtungen eines Unpolitischen* son un manifiesto de la contrailustración. Se basan en el convencimiento de que la Ilustración equivale a una sobreestimación del entendimiento elevado a programa, lo cual es tanto como insinuar que la Ilustración, hecha realidad, conduciría a una destrucción de la cultura. Pero, una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, Thomas Mann iba a desprenderse rápidamente de estas ideas, declarándose solidario con la República de Weimar. En los grandes discursos sobre Lessing del año 1929, declara superado el antagonismo entre lo poético y lo literario, y hace una profesión de fe en la República.

¹⁷ En *El proceso de la civilización*, Norbert Elías llama la atención sobre el hecho de que la corte francesa asimiló sin problemas a una serie de individuos que procedían de la clase

hallaban *dispersos por toda la geografía alemana*, de tal modo que el contacto entre ellos también era mínimo: «El uno reside en Viena y el otro en Berlín, otro en Königsberg y otro en Bonn o Düsseldorf, todos ellos separados entre sí por 50 o 100 millas», se quejaba Goethe, y a continuación señalaba que, debido a ello, el trabajo intelectual y creativo en Alemania progresaba más lentamente que en Francia. «Imaginémonos lo que sería, pongo por caso, si por aquí pasaran hombres como Alejandro von Humboldt, que en un solo día me ayudaría a avanzar en aquello que busco y que preciso encontrar más de lo que yo lo habría conseguido en un año a lo largo de mi camino solitario. Imaginémonos ahora París, donde se reúnen todos los hombres más eminentes de un Estado para enseñarse mutuamente...» (...) «En Alemania», concluye Goethe, «tenemos que trabajar duramente para alcanzar la escasa sabiduría que tenemos»¹⁸. Y, efectivamente, en Alemania el saber tradicionalmente se difundió sobre todo a través de los libros, de modo que el escritor, el científico o el pensador con frecuencia tenía la impresión de trabajar sólo, sin estímulos externos, desarrollando lentamente, y paso a paso, un pensamiento que pudiera avanzar a saltos, si se viera impulsado por esas repentinas asociaciones y sobresaltos, esos felices contagios y curiosas complementariedades que surgen gracias al intercambio de ideas entre espíritus afines.

Pero volviendo a las autovaloraciones que están haciendo de sí mismos los intelectuales alemanes de los 90, resulta que éstos no sólo tienden a partir del 45 como hora cero —sin tener en cuenta la historia anterior—, sino que además apenas si parecen conscientes de que en aquel momento adoptarían una posición extrema, muy difícil de sostener a largo plazo. Ahora bien, si en lugar de compararse sobre todo consigo mismos —midiendo su influencia actual con respecto a aquella otra de la que gozaron en un momento muy particular de la historia alemana—, tuvieran presente la posición que ocupan los intelectuales en otros países, posiblemente llegaran a la conclusión de que su influencia sigue siendo considerable, y que su actitud en realidad sigue siendo muy comprometida: porque, *aun cuando efectivamente se están desmarcando de la política, no lo hacen para desentenderse de la cosa pública, sino más bien para influir de otro modo en ella.*

Sencillamente les ha sucedido lo que al resto de los ciudadanos: sienten una desconfianza cada vez mayor frente a las ideologías y también frente a la

media, mientras que en Alemania los hijos de la clase media ascendente quedaron excluidos de la vida cortesana aristocrática independientemente del talento o de los méritos de los que estuvieran dotados (Elías, N., *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (México, Madrid, Buenos Aires 1987), 71.

¹⁸ Citado por: Elías, N., *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (México, Madrid, Buenos Aires 1987), 77.

política y los políticos. Por eso, en lugar de aliarse con un partido concreto, apoyando la izquierda contra la derecha, o a un candidato en contra de otro, los intelectuales alemanes han tomado conciencia del hecho de que, hoy en día, las diferencias entre los partidos se están haciendo cada vez más irrelevantes, y *en lugar de confiar en la política como un instrumento de cambio, cifran sus esperanzas en los movimientos cívicos*¹⁹. Al contrario que muchos de sus colegas de otros países, los intelectuales siguen contando además con la posibilidad de intervenir en los *media*, y ciertamente hacen uso de dicha posibilidad, aunque ya no sea para pedir su voto a favor de un determinado candidato, sino más bien para plantear cuestiones de interés general que afectan al interés colectivo: cuestiones tales como la de qué hacer para limar las diferencias— y los conflictos— entre las dos Alemanias, cómo evitar que la crisis económica se traduzca en xenofobia o para averiguar hasta dónde es posible, o incluso prudente, extender el así llamado Estado del Bienestar²⁰, o para preguntarse qué posición debe adoptar Alemania ante un conflicto como el de Yugoslavia; para replantearse, en definitiva, los riesgos que puede entrañar un anti-belicismo a ultranza, cuando a las puertas de casa se está comiendo un genocidio²¹.

Y lo que es más importante: estas cuestiones no se plantean en el mismo lenguaje que el que suele ser usado por políticos y periodistas, sino de una forma mucho más directa e incluso subjetiva, pues si algo tienen en común una serie de pensadores tan dispares como Martin Walser, Hans Magnus Enzensberger, Peter Handke, Jürgen Habermas, Günter Grass o Botho Strauss, es que todos ellos se niegan a hacerle el juego a los *media*. Si apuestan por los movimientos ciudadanos como una vía alternativa, es precisamente porque ya no confían ni en la política ni en los *media*, y porque a estos pensadores no les interesan tanto las declaraciones y contradecoraciones de los políticos cuanto los intereses que se ocultan tras ellas. Naturalmente son conscientes de que dependen de los medios de comunicación —que a su vez

¹⁹ En *Historia y crítica de la opinión pública*, Jürgen Habermas sale en defensa del espíritu cívico y del civismo como un poder alternativo a la política, lo cual, desde mi punto de vista, no deja de ser sintomático tanto del escepticismo creciente que siente el propio Habermas así como otros intelectuales frente a la política, como de su voluntad de abrir otra vía. (J. Habermas, *Historia y crítica de la opinión pública* (Barcelona, 1981), 68).

²⁰ Magnus Enzensberger, H.: «Über die gutmütigen Deutschen», en: *Der Spiegel*, Nr. 51/14.12.98, pp. 218-221.

²¹ Grass, G. FR, 8. August 1995; Jürgen Habermas, *Spiegel*, 7. August 1995; Peter Handke, *Süddeutsche Zeitung* (Wochenende Spezial, 5.1.96.). Ver también el artículo de Richard Herzinger, «Fluch Politik. Deutsche Intellektuelle nach Srebrenika», en *Merkur*, Heft 5, Mai 1996, 50. Jahrgang 375-389.

²² Sennett, R.: *El declive del hombre público*, Barcelona, 1978.

deben preservar una cierta independencia con respecto al poder político para poder apoyarlos—, pero sienten que para ellos lo importante no es la actualidad política, ni su efecto inmediato, sino mostrar hacia dónde nos conduce una determinada decisión.

A través de sus intervenciones, estos intelectuales pretenden, pues, abrir un espacio de debate en el interior de los propios *media*, un espacio libre para debatir aquellos problemas que no son de orden político, pero que nos importan a todos. Saben que de nada sirve la política, si no se refuerza de algún modo esa conciencia de sociedad que, en opinión del sociólogo estadounidense Richard Sennett, se está perdiendo. De ahí el esfuerzo que hacen por invertir un proceso que, según Sennett, nos lleva a considerar nuestra vida pública como una mera cuestión de obligación formal: percibimos los contactos sociales y nuestras obligaciones cívicas como gestos meramente formales o incluso falsos, y, consecuentemente, tendemos a invertir nuestras energías emocionales, nuestra capacidad de compromiso y nuestra predisposición a la creencia, en el ámbito privado, lo cual a su vez nos lleva a asistir con un espíritu cada vez más pasivo a las discusiones públicas²².

Al interesarse por la vida corriente y mostrar cómo nos van a afectar a largo plazo las decisiones políticas que se están tomando hoy, los intelectuales tratan de reaccionar contra dicha privatización de nuestras vidas. Presentan las cuestiones políticas desde un punto de vista más ético y humano con la esperanza de despertar nuevamente el interés del ciudadano medio por la causa pública, presentándosela como una cuestión personal; como algo que puede afectarnos a todos, y que inevitablemente nos sitúa ante un dilema moral.

Todo lo cual me convence de que los intelectuales alemanes están muy lejos de abdicar de sus responsabilidades políticas, aunque su modelo de compromiso efectivamente esté cambiando. Por esto creo que, más que hablar de una progresiva «retirada» de los intelectuales, habría que hablar de un «replanteamiento» de las formas de compromiso intelectual.

Bibliografía

BOURDIEU, P.: *Sobre la televisión* (Barcelona: Anagrama 1997).

— *Contrafuegos* (Barcelona: Anagrama 1999).

ELÍAS, N.: *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (México, Madrid, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica 1987).

GIESEN, B.: *Die Intellektuellen und die Nation* (Frankfurt/Main: Suhrkamp 1993).

- GREINER, U.: *Gelobtes Land. Amerikanische Schriftsteller über Amerika* (Reinbek: Rowohlt 1997).
— «Die Vorzüge des Elfenbeinturms. Über Literatur und Engagement heute», *Merkur*, Heft 12, 51 Jahr. (Dez. 1997).
- HABERMAS, J.: «Heinrich Heine und die Rolle des Intellektuellen in Deutschland», *Merkur*, Nr. 573 (1996).
— *Historia y crítica de la opinión pública* (Barcelona: Gili 1981).
- HANDKE, P.: «Was soll ich dazu sagen ?», en: *Als das Wünschen noch geholfen hat* (Frankfurt/Main: Suhrkamp 1974), 25-29.
— *Ich bin ein Bewohner des Elfenbeinturms*, Frankfurt/Main (Suhrkamp: 1972).
— *Eine winterliche Reise zu den Flüssen Donau, Save, Morawa und Drina* (Frankfurt am Main: Suhrkamp 1996).
- LEPENIES, W.: *Las tres culturas. La sociología entre la literatura y la ciencia* (México: Fondo de Cultura Económica 1994).
- MENASSE, R.: *Das Land ohne Eigenschaften* (Frankfurt/Main: Suhrkamp 1995).
- SCHRIMPF, H.J.: *Der Schriftsteller als öffentliche Person* (Berlin: Erich Schmidt 1977).
- SENNETT, R.: *El declive del hombre público* (Barcelona: Ediciones Península 1978).
- WAGENBACH, K.: Stephan, W, Krüger, M. (eds), *Vaterland, Muttersprache. Deutsche Schriftsteller und ihr Staat von 1945 bis heute* (Berlin: Klaus Wagenbach, 1979).
- WIESAND, A.J.: *La literatura y sociedad en la República Federal de Alemania* (Munich: Carl Hanser 1976).